

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XLI

Año XII - Enero a Marzo de 1949 - N° 121

MONTEVIDEO — URUGUAY

1949

INDICE DEL TOMO XLI

Año XII — ENERO DE 1949 — Nº 121

Monseñor ANTONIO MARIA BARBIERI — Dámaso Antonio Larrañaga	5
JULIO GARET MAS — Poesías: Meridiano. — Palabras y silencios. — Con Ruth de seis años. — Teoría de Poetas.	19
CARLOS MARTINEZ VIGIL — Temas gramaticales	26
JOSE LUIS ZORRILLA DE SAN MARTIN — Elogio de la Catedral	36
JOSE MARIA DELGADO — Discursos académicos: En la recepción del Académico Carlos M. Princivalle	51
CARLOS M. PRINCIVALLE — Discursos académicos: Elogio de Víctor Pérez Petit	55
ROBERTO FABREGAT CUNEO — La dama del retrato	70
FLAVIO A. GARCIA — De mis alforjas trasandinas	83
ERNESTO PINTO — Poemas: I El amigo perdido. — II Los barcos me llaman. — III Regalo del mar	115
ADOLFO SILVA DELGADO — La oración inaugural del Instituto Politécnico del Salto	118
MIGUEL LLERENA — Oración inaugural del Instituto Politécnico del Salto	121

PAGINAS TIPICAS

DANIEL MUÑOZ — Siluetas: I Juan Manuel Bonifaz. — II Dalmiro Costa	129
--	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA — El 60º aniversario de «Tabaré»	143
REVISTA ANECDOTICA — Un argumento pintoresco. — Un incidente parlamentario. — El lote de los hombres públicos. — El español en la Cámara	147
REVISTA HISTORICA — Dos cartas históricas inéditas. — Artigas y San Martín	150
BIBLIOGRAFIA — «Al norte de la sangre», «Presencia terrena», «Verdor secreto», por Ana Enriqueta Terán: «Cátedra de Historia de la cultura uruguaya. Ciclo de conferencias 1948», publicación del Instituto de Estudios Superiores; «Las grandes familias patricias rioplatenses Los García de Zúñiga y los Warnes», por Ricardo D. Campos; «Cantos y Cenizas de París», por René Bonne; «Corazón de agua», por Paulina Medeiros; «Sucre, el Abel de América», por Miguel A. Paez Formoso; «Uruguay y su marina mercante de ultramar», por el Contralmirante Agrimensor Héctor Luisi	156

AÑO XII — FEBRERO DE 1949 — Nº 122

CARLOS VAZ FERREIRA. — Conclusiones sobre los problemas de la libertad y el determinismo	161
--	-----

HUMBERTO ZARRILLI. — Poemas: I Antes yo no te conocía. — II Mito de la mañana. — III Definición. — IV El olor de tu nombre. — V Cielo caído. — VI Mar navegante. — VII Mar de otoño	168
EDGARDO UBALDO GENTA. — Filosofando sobre Artigas	173
VICENTE MORA RODRIGUEZ. — La limitación de edad en la función pública	180
MANUEL BENAVENTE. — Un gran amor de Lope de Vega	192
JOSE PEDRO ARGUL. — El pintor José Cúneo	204
ANTONIA ARTUCIO FERREIRA. — Tierra nuestra. Estampas de campo-afuera	224
ANIBAL E. ABADIE-AICARDI. — Larrañaga y nuestra cultura	247
JUAN SOLO. — El salón de los Sepúlveda	270

PAGINAS CLASICAS

FRANCISCO BAUZA. — Los poetas de la Revolución	281
--	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA. — En el segundo aniversario de la muerte de Víctor Pérez Petit. — Palabras del Presidente de la Academia Nacional de Letras. — Discursos de los Sres. Enrique Crosa y José G. Antuña en representación de la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay ..	307
BIBLIOGRAFIA. — «El origen del Estado Oriental», por Edmundo Narancio; «Teatro. I Antígona. El Ministro», por Alejandro C. Arias; «Breviario Poético». Publicación de la Biblioteca de la «Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay»; «Contraluz», por Josefina L. A. de Blixen; «Biblioteca de impresos raros americanos. Tomo I. Gazeta de Montevideo»	317

AÑO XII — MARZO DE 1949 — Nº 123

RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — La Guerra Grande. Primera campaña del General Rivera 1843-1845	321
EMILIO CARLOS TACCONI. — Romances: I Sol alborero de Minas. — II. Atardeceres de Minas. — III Noches serranas de Minas. — IV Cañada humilde de Minas. — V Valle apacible de Minas	345
DANIEL D. VIDART. — Hesiodo, el poeta de la tierra	351
LUIS PEDRO MONDINO. — La Cuarta Sinfonía	365
FLORENCIA FAJARDO TERAN. — Maldonado colonial	396
ISABEL SESTO DE SOSA. — A la caza de emociones estéticas en diez países europeos: I Inglaterra. — II Suecia. — III Dinamarca. — IV Holanda	419
CAYETANO ANGLÉS Y BOVET. — Artigas, el hombre singular del Plata	452

PAGINAS OLVIDADAS

CARLOS ROXLO. — Siluetas: I Bartolito Mitre. — II Eugenio Garzón. — III Julio Piquet	457
--	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA. — Elogio de la capa española. — Labor académica. — El cincuentenario de «La Revista»	467
---	-----

REVISTA NACIONAL

REVISTA HISTORICA. — El significado histórico del 25 de agosto. Carta del Coronel Orosmán Vázquez Ledesma	471
BIBLIOGRAFIA. — «Memoria de la nada», por Clara Silva; «Saudade en plenilunio», por Ophelia Calo Berro de Ribeiro; «Homenaje a la República del Uruguay y a Artigas». Publicación de la Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires	476
INDICE DEL TOMO XLI	478

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

Año XII

Montevideo, marzo de 1949

Nº 123

LA GUERRA GRANDE (1)

CAPITULO V

PRIMERA CAMPAÑA DEL GENERAL RIVERA 1843-1845

Mientras junto a los muros de Montevideo se empeñaban diarios combates, el General Rivera, luego de haber burlado al General Oribe en las costas del arroyo del Sauce, se enseñoreaba de la campaña, remontaba sus divisiones, completaba su armamento, congregaba las familias en grandes convoyes de carretas que situaba en sitios inexpugnables, ejercía una doble acción diplomática ante las autoridades de la frontera del Brasil y la provincia de Corrientes, tenía en jaque a las divisiones de los Generales Ignacio Oribe y Servando Gómez, que el Generalísimo había desprendido en su persecución, se batía con fortuna, atacaba a las guarniciones enemigas que ocupaban las poblaciones del interior, penetraba en algunas de ellas para abandonarlas luego, rompía la línea del sitio y abastecía la plaza, hostilizaba al ejército del Cerrito por retaguardia, le arrebatava caballadas y haciendas, lo estrechaba contra los muros de Montevideo y lo convertía de sitiador en sitiado.

El 5 de febrero, once días antes de llegar el ejército de la Confederación Argentina al Cerrito, el General Rivera, después de reorganizar el Gobierno y revistar los cuatro mil quinientos hombres que había reunido y equipado en poco más de un mes, partió al frente de ellos en dirección a Pando. Quería eludir una nueva batalla con el poderoso ejército invasor que avanzaba sobre Montevideo y, a la vez, mantener las comunicaciones de la capital con Maldonado y dominar el control de la frontera del Chuy, a fin de poder abastecer la plaza por aquel puerto y por este punto. El General Oribe, por su parte, se proponía batir en detalle a su enemigo y, luego, atacar a la capital para posesionarse de ella, concluir así la campaña y restablecer su gobierno.

Descubierto el ejército oriental, que se había acantonado estratégicamente en las proximidades del arroyo del Sauce, avanzó resueltamente sobre él; pero el General Rivera ordenó desplegar con gran aparato su vanguardia, que estaba al mando del General Medina, y

(1) Apuntes para un libro. Véase tomo XXI, pág. 161.

Estivao, Silva, Camacho, Olavarría, Viñas, Luna, Cuadra, Quintana y Santander. Numerosos carros de municiones y bastimentos y una bien montada maestranza servían las necesidades del ejército. Un pesado convoy de carretas, en que se habían refugiado con sus muebles y utensillos las familias que huían del invasor, acompañaba al ejército. Las caballadas y las tropas de ganado eran arreadas en pos de las divisiones.

El plan del General Rivera consistía en remontar, armar e instruir a su ejército, dominar la campaña, ocupar las poblaciones importantes y, en seguida, atacar al General sitiador por retaguardia, oprimirlo contra las trincheras de Montevideo y obligarlo así a capitular o a levantar el sitio y embarcarse en las naves de la escuadra argentina.

El General tenía que atender por igual la organización del ejército, las necesidades de la guerra y la seguridad y subsistencia de las familias que le acompañaban. La ley marcial era estricta. Solamente las mujeres y los ancianos no empuñaban las armas y, aun así, había muchas mujeres que lo hacían. En cuanto a los adolescentes recibían instrucción militar y se organizaban en pequeños escuadrones cuyos componentes tomaron el nombre de *guayaquíes*. El pueblo errante que acompañaba al ejército estaba compuesto de millares de personas: ancianos, mujeres y niños que ascendieron a más de diez mil cuando fueron empadronados por el Segundo Jefe del Estado Mayor Coronel José Antonio Costa y el capellán del mismo, Dr. Vidal. Una división formada de 500 hombres custodiaba al convoy.

En el mes de marzo, el General se dispuso a abrir las operaciones. Con ese objeto situó al convoy de familias en el norte del río Yi. El mismo caudillo describió con su pintoresco lenguaje el cuadro que ofrecía la improvisada ciudad, en una carta que dirigió a su esposa, el 3 de marzo de 1843, desde el arroyo Maciel: «Hoy se cuentan, le decía, más de setecientas carretas todas toldadas; forman un pueblo con una desahogada plaza y seis calles principales; han levantado una capilla muy aseada y muy bien arreglada, y allí se les da un pedazo de carne y lo demás que se puede, conservándoles una guarnición de quinientos hombres que custodia todo el depósito de caballadas y demás materiales del ejército». Esta ciudad creció todavía con los contingentes de familias que llegaron del litoral y del norte, pero sufrió lo indecible en el cruel invierno de 1843. El mismo General decía refiriéndose a ella y al ejército: «Son más de veinte mil almas y todos, todos están poco menos que desnudos; con decirte que en lo general no tienen una bayeta con que taparse». En cambio, había logrado poner a aquella multitud a cubierto de los desmanes del invasor: «A esta altura, agregaba, yo considero seguro todo este mundo de gentes, que están en medio de dos barreras, (los ríos Yi

mientras el jefe invasor creía batirse con el grueso del ejército, éste, cubierto por aquella división que, a costa de sacrificios de sangre, cumplió heroicamente la función que le había sido encomendada, dispuso un hábil y rápido movimiento de flanco mediante el cual burló al General Oribe. El ejército oriental, cubierto por el antemural de su vanguardia, desfiló casi a la vista del enemigo en tres columnas paralelas, precedidas de las caballadas y del pesado convoy de carretas que conducían innumerables familias, la maestranza y los bagajes de guerra, cruzó el arroyo del Sauce, se colocó a retaguardia del invasor, escopeteó sus columnas y se alejó hacia el norte mientras el General Oribe reanudó su marcha en dirección a Montevideo, debilitadas sus fuerzas, pues desprendió una división al mando de su hermano el General don Ignacio Oribe con el objeto de perseguir y hostilizar al caudillo.

El General Rivera estaba en su medio natural y en él iba a desplegar nuevamente su genio, su astucia, su extraordinaria táctica para tener en jaque a las fuerzas que le perseguían, y al propio ejército sitiador.

De nuevo el extraordinario caudillo iba a demostrar, como lo dijo don Antonio Díaz, que fué su adversario, «su indisputable práctica para la guerra de recursos y su no menos reconocida bravura como soldado activo e intrépido». Nadie como él para improvisar ejércitos de la nada y lograr la fidelidad y la ciega adhesión de sus tropas; nadie para trasladarlos de un punto a otro en inauditas marchas, dispersarlos a todos los vientos y reunirlos nuevamente a una sola voz de mando; nadie para realizar inesperados ataques y emprender difíciles retiradas; nadie para templar en la adversidad y el infortunio las armas con que se alcanza la victoria y convertir la derrota de la mañana en el triunfo de la tarde. Sus soldados soportaban con raro estoicismo las privaciones, las miserias, el sufrimiento. Estaban desnudos y se cubrían con cualquier cosa: con girones de viejos ponchos y uniformes, con jergas, con cueros de novillo, pero el brazo no temblaba al empuñar la lanza, el sable o la tercerola. Tenían hambre y la entretenían con mate amargo o con un trozo de charque; tenían sueño y lo ahuyentaban porque había que marchar en medio de la noche para burlar al enemigo. El combate, la carga, la lucha cuerpo a cuerpo los enardecía luego, y no sentían frío, hambre ni sueño cuando, lograda la victoria, el General los revistaba, los arengaba y les decía que estaba orgulloso de sus soldados. Así iban ellos tras su caudillo.

Catorce días después de la acción del Sauce revistó su ejército en las cuchillas del Santa Lucía Grande y contó más de cinco mil jinetes armados que le aclamaban blandiendo las lanzas o esgrimiendo los sables y tercerolas. Al frente de las divisiones estaban los Generales Medina y Aguiar, los Coroneles Costa, Blanco, Baez, Flores, García,

y Negro); allí no es fácil que pueda el enemigo penetrar sino después de habernos vencido a todos».

Situadas las familias en lugar seguro, dispuso que sus divisiones se esparcieran sobre el territorio simultáneamente. La del Coronel Estivao se apoderó de San José, ocupó a viva fuerza el Rosario y puso sitio a la Colonia. Intimó la rendición de esta plaza, parlamentó con su jefe el Coronel Tomás Gómez, y se retiró después de varios días de sitio para reunirse con la división del Coronel Cuadra que había abierto operaciones en el departamento de Soriano. Reunidas ambas divisiones, después de incursionar por esta zona, se dirigieron sobre Porongos y ocuparon el pueblo. Toda la parte sudoeste de la República quedó bajo la acción militar de la expedición. Entretanto la división del Coronel Silva había abierto operaciones sobre Maldonado, arrollando a las guarniciones enemigas hasta más allá de Santa Teresa. La división del Coronel Baez operaba en el Durazno, y otros destacamentos recorrían diversas zonas del territorio nacional.

En cuanto al caudillo, penetró con parte de sus tropas en el departamento de Maldonado, mientras el General Aguiar permanecía con el grueso del ejército y el convoy de familias en el centro del país, cubierta su vanguardia por la división del General Medina que hostilizaba a la del General Ignacio Oribe, cuya acción había sido anulada por la hábil táctica del General Rivera.

Las divisiones expedicionarias que recorrían el territorio habían recibido orden de concentrarse, luego de cumplir sus operaciones parciales, en el Durazno, y allí las halló el General Rivera. El campamento fué establecido en la margen izquierda del río Yi.

La situación del caudillo en aquellos momentos era inexpugnable. Su ejército había crecido y se hallaba armado y avituallado; había concentrado casi todas las caballadas hábiles del país; inmensos rodeos de ganado pastaban en los potreros de su acantonamiento; casi todas las familias de campaña se habían acogido al amparo del General. Había llegado el esperado momento de emprender acciones decisivas tanto al norte del río Negro como en la campaña del sur y sobre el ejército que asediaba a Montevideo. Envió, pues, al Coronel Baez al frente de su división con la misión de atacar los puertos litorales de Paysandú y Salto, cruzar luego hasta Cerro Largo y regresar en seguida al cuartel general con todo el ganado que pudiera recoger. Baez puso alas a los cascos de su caballería; llegó hasta el Salto, obligó a las fuerzas argentinas que ocupaban la ciudad a arrojar al río Uruguay, ocupó la población, cruzó luego vertiginosamente el territorio del norte y, antes de que terminara el mes de mayo, estaba de regreso en el Yi, con grandes cantidades de

caballos y vacunos. Entretanto, al sur, desde San Salvador hasta los confines de Rocha, los regimientos orientales recorrían el país. Todos los pagos escucharon los cascos de sus caballos, y en todas partes se sintió el rumor de las cargas y de los combates: el 4 de abril las fuerzas del Coronel Fortunato Silva cayeron sobre las del Coronel Melgar, en Sauce Solo; el 16 las batió en Piedras de Afilar; el 2 de mayo la división del Coronel Baez derrotó en Santa Ana las fuerzas que habían pasado de Entre Ríos; el 7 limpió al Salto de enemigos; el 25, el General Medina rechazó las fuerzas de la división del General Ignacio Oribe en el Tala. Otros combates y acciones parciales se libraron en diversos puntos del territorio. «El gobierno ha visto lleno de orgullo y satisfacción, escribía el Ministro de la Guerra al General Rivera el 31 de mayo, las brillantes y audaces maniobras del ejército que opera a las órdenes de V. E.; el valor, decisión y constancia que manifiestan los valientes que lo componen».

Estos combates eran realmente homéricos. Describir uno de ellos es describirlos todos. Escuadrones de hombres semi desnudos que blandían largas lanzas o esgrimían afilados sables, mientras sonaban los clarines y batían los tambores, se lanzaban a pecho descubierto contra el enemigo, en impetuosas e irresistibles cargas. A veces, el choque era tan violento que una de las columnas combatientes se rompía y la otra penetraba por la brecha, pisando cadáveres de hombres y de bestias y, sofrenando los corceles, volvía grupas para lanzar por la espalda al resto del escuadrón doblado.

Los jefes solían buscarse, como los troyanos y aqueos y cruzaban sus lanzas en duelo singular. Cuando uno de ellos sucumbía, el otro desmontaba para recoger sus armas y regresaba con ellas como trofeo de guerra. Las cargas se sucedían hasta que uno de los contendientes quedaba exhausto y se retiraba del campo de batalla en dispersión, perseguido por el vencedor. Terminado el combate, cuando era favorable al invasor, solía aparecer en el campo de batalla, sembrado de muertos y heridos, el siniestro piquete federal y se lanzaba a «despenar» a éstos y sacrificar prisioneros inermes, mediante el bárbaro tajo en la yugular y la carótida por donde se escapaba convulsivamente la vida de los caídos.

*

* *

En los últimos días de mayo el General Rivera adelantó con el grueso del ejército hacia el sur, cruzó el río Santa Lucía por el paso de San Ramón y barra del Vejiga, sin ser hostilizado, y se situó a pocas jornadas de la capital. Había cumplido felizmente la primera parte de su plan: el interior del país estaba dominado; el ejército

enemigo se hallaba a pie y las tremendas lluvias que habían debordado ríos y arroyos, y cubierto de agua la campaña, le mantenían inmobilizado. A esto se refería risueñamente el caudillo en una carta de 3 de junio: «Para qué hablar a Vd. de lo inmenso que nos ha llovido. Yo me he alegrado mucho, porque como nosotros, también se mojaban ellos, aunque don Ignacio trae una gran barraca que nos la plantaba a nuestro frente en los días fuertes de aguaceros para hacernos desear y porque él vió que nosotros no contábamos con otras carpas más que nuestros ponchitos, ya muy gastados algunos, y los demás sus caronitas de oveja; recurso que de algo ha valido a nuestros pobres soldados en la luna de mayo».

Había llegado el momento de poner en práctica la segunda parte de su plan: el ataque a los acantonamientos del Cerrito. Antes de hacerlo comisionó al Teniente Coronel don Manuel Pacheco y Obes, hermano del Ministro de la Guerra, para que se dirigiera a la capital e instruyese al gobierno del plan que iba a poner en práctica, a fin de coordinar las operaciones del ejército de campaña con el que defendía la ciudad. A la vez, y para preparar el ataque, ordenó al Coronel Fortunato Silva que, con su división, cortara las tropas del General don Ignacio Oribe que observaban los movimientos del ejército y llegara a la ciudad sitiada.

Fué aquella una operación atrevida y aventurada. El bravo jefe divisionario llevó el 30 de mayo el ataque a fondo simultáneamente sobre el centro y la izquierda de la línea enemiga, lo cual obligó a su General a desguarnecer su derecha con el objeto de reforzar la línea quebrantada. Por ella se lanzó audazmente toda la división, dejando a retaguardia las fuerzas enemigas a pie, escopeteadas por la vanguardia del ejército. En una marcha vertiginosa llegó, arreando ganado y caballadas, al Cerro de Montevideo, ante la sorpresa de las fuerzas del asedio que vieron, al mediar el día, acampar la división enemiga al amparo de los cañones de la fortaleza.

Mientras las tropas sitiadoras hostilizaban día y noche a la división del Coronel Silva con el propósito de arrebatarse las caballadas y las haciendas, destruían con sus proyectiles la farola del Cerro y saqueaban las casas de la villa, al extremo que las familias se vieron obligadas a refugiarse en la fortaleza y sus aledaños, la plaza organizó y envió en auxilio de aquel punto una expedición de las tres armas, al mando del General Bauzá, a cuyo frente se puso luego el Ministro de la Guerra. Esta expedición, apoyada por la escuadrilla y las fuerzas de la fortaleza libró un reñido combate el 10 de junio y obligó a los sitiadores, comandados por el General Núñez, a retirarse con sensibles pérdidas y la deserción de media

compañía de patricios que, con su oficial, se plegó a las fuerzas de la plaza.

Reintegrada la división del Coronel Silva al ejército, remontada con refuerzos de caballería que fueron enviados por el Gobierno de Montevideo al mando del Coronel Freire, el General Rivera atacó y batió en Solís Grande a una división del ejército del General Ignacio Oribe, formada de 1.000 argentinos, al mando del Coronel José María Flores, cuyos dispersos llegaron al cuartel general de aquel jefe que buscaba, en vano, la manera de montar sus tropas. El avance del ejército victorioso del General Rivera obligó a la división Pando, a través de campos cubiertos de agua y con sus tropas casi a pie. En aquel punto se encontró aquel General con su hermano, el Presidente legal, que había salido del Cerrito con una fuerte escolta y que, ante el avance del General Rivera, ordenó la inmediata retirada hacia Toledo, lo que efectuó la división, siendo escopeteada por la vanguardia del enemigo, y prosiguiendo, luego de dejar acantonamientos desde este punto hasta Las Piedras, la retirada hacia el cuartel general del Cerrito.

El campo de operaciones del ejército sitiador quedó desde ese momento singularmente estrechado. Al frente tenía las bocas de fuego y el ejército de la plaza, aumentado con las legiones extranjeras, y a retaguardia se sentía acosado por el ejército de operaciones del General Rivera, que amenazaba encerrarlo en un círculo de hierro y privarlo de elementos de movilidad y medios de subsistencia.

La escasez de carne de vaca obligó en aquellos días a los sitiadores a sacrificar caballos para alimentar a la tropa. Se utilizaron, además, otros productos nocivos que afectaron la salud de la población y del ejército. El 11 de julio el General Oribe escribía al General Núñez, que había salido en procura de ganado: «Obre como las circunstancias le aconsejen en la inteligencia que el ganado es su primera atención, porque el ejército no tiene qué comer».

Fuera de la estrecha faja de territorio comprendida entre el Cerrito, Las Piedras y Toledo, el General Oribe solamente mantenía su autoridad en la Colonia y en el litoral del Uruguay, pero las comunicaciones con esos puntos se hacían difíciles. El gobierno de la Defensa dominaba el resto del territorio y disponía de las fronteras del Brasil, el puerto de Maldonado y la boca del río Santa Lucía para abastecerse. El ejército del Cerrito se había convertido así de sitiador en sitiado y su posición se tornaba peligrosa.

El General Rivera quiso precipitar el cerco que había puesto al ejército del Cerrito por retaguardia. Movié parte de sus fuerzas y, mediante un ataque de sorpresa, se interpuso entre las caballe-

rías del General Oribe, comandadas por su hermano el General Dn. Ignacio y el grueso del ejército que ocupaba la línea del asedio sobre Montevideo, y lo sitió en el mismo Cerrito. Tendió su línea desde el Pastoreo de Pereira hasta el camino de la Cuchilla Grande e hizo cundir el pánico en el campo sitiador. Puesto en comunicación con la plaza, pidió al Gobierno el envío de tropas de infantería a fin de apoyar con ellas el ataque general que se proponía llevar contra el ejército sitiador en combinación con la guarnición de Montevideo, para tomar a aquél entre dos fuegos. El momento era decisivo para el General Oribe: o capitulaba o levantaba el asedio embarcando sus tropas en la escuadra argentina.

Montevideo se sintió salvado. Bajo esta impresión los sitiados llevaron un ataque a fondo contra la línea de asedio; el propio General Paz se puso al frente de las tropas, arrolló a las fuerzas sitiadoras y despejó el terreno hasta más allá del Cristo. Infelizmente esta operación no fué complementada con el envío de tropas de infantería al ejército del General Rivera que las reclamaba insistentemente. El Gobierno de la Defensa no creyó prudente desprenderse de ellas, y el caudillo, que las esperaba ansiosamente para emprender el ataque decisivo, vió frustrado su plan.

Entretanto, el General Oribe, advirtiendo la magnitud del peligro en que se hallaba su ejército, había acudido al General Rosas para imponerlo de su difícil situación. El Gobernador de Buenos Aires se dirigió al Gobernador de Entre Ríos, General Urquiza, y le requirió que, al frente del ejército de la Provincia, cruzase el río Uruguay y marchase en auxilio del ejército de vanguardia de la Confederación Argentina, comprometido frente a Montevideo.

El 10 de Julio, el jefe entrerriano, al frente de 4.000 soldados bien montados y pertrechados, cruzó el río Uruguay y penetró en el territorio nacional. Un nuevo lugarteniente del tirano de Buenos Aires traía al país, con su fuerza militar incontrastable, el tremendo sistema de Don Juan Manuel que ya había experimentado el país desde la batalla de Arroyo Grande y que iba a dar nuevos y dolorosos frutos.

Al tener noticia el General Rivera de la presencia del jefe entrerriano en el territorio nacional se vió obligado a abandonar, con dolor, su plan de ataque a las fuerzas del Cerrito que debía haber coronado una campaña brillante y victoriosa, y sólo pensó en prepararse para rechazar al segundo ejército invasor y abrir la nueva campaña. Se había desprendido ya de las divisiones de los coroneles Flores y Estivao, que marcharon en persecución del General Núñez. Inútiles fueron las incursiones de éste para lograr ganado y caballadas.

El Coronel Venancio Flores lo atacó en la Horqueta del Rosario y, unido luego a los Coroneles Estivao y Centurión, lo cargó y dispersó persigiéndolo cinco leguas y arrebatándole las caballadas y muchas armas. Su habilidad de jinete salvó al General Núñez de caer prisionero. Rehecho al día siguiente se dirigía a reunirse con la división de Mercedes para atacar al Coronel Flores cuando, en la sierra de Malabrigo, se encontró con la división del General Medina que lo cargó, lo derrotó y lo persiguió más de ocho leguas quitándole sus cargueros de municiones. El general derrotado logró refugiarse, con sólo dos hombres, en el ejército del General Urquiza que acababa de cruzar el río Uruguay.

El General Rivera se vió obligado a levantar su campo del pastoreo de Pereira, frente a Montevideo, y se dirigió al interior del país con el objeto de repeler la invasión del nuevo ejército argentino.

El ejército sitiador, libre del cerco que, por retaguardia, le había puesto el caudillo, experimentó inmenso alivio y reanudó las operaciones sobre la plaza.



El ejército entrerriano que acababa de invadir el país era tanto o más temible que aquel con que había luchado el General Rivera en la primera campaña que acababa de ser malograda por la nueva invasión. Numeroso, disciplinado, aguerrido, traía un tren de guerra poderoso, con sus regimientos de fieros lanceros, sus infantes bien pertrechados, sus piezas de artillería servidas por expertos tiradores, sus bien provistos medios de movilidad, y, sobre todo, el espíritu de cuerpo que lo animaba. Traía a su frente a un poderoso caudillo que tenía cuentas pendientes con el General Rivera, pues éste, en la campaña inicial de 1842, le había inflingido una tremenda derrota en su propio territorio, en Gualeguay, obligándole a lanzarse al agua con sus lanceros.

El General Urquiza aparecía en el escenario de la lucha como un lugarteniente de Rosas, pero él invocaba, sobre todo, su título de Gobernador y Capitán General de la Provincia de Entre Ríos, obraba con absoluta independencia y se jactaba de que limpiaría la República de salvajes unitarios. Traía al frente de sus divisiones y de sus regimientos jefes de reputación, probados en rudas campañas, y sus tropas eran casi en su totalidad formadas por contingentes entrerrianos.

Frente al nuevo enemigo era preciso recomenzar la guerra de recursos, a fin de debilitarlo y poder luego librar la batalla campal

que decidiría de la campaña. Otra vez recurrió el caudillo a su táctica favorita de dispersar sus divisiones, de presentarse hoy al sur y mañana al norte del río Negro, de caer por sorpresa sobre las guardias y destacamentos, de arrebatarse por arte de magia al enemigo bastimentos y ganados, de amagar el ataque y retirarse en medio de la noche para amanecer a inauditas distancias del campo de batalla, de hacerse perseguir sin tregua con el fin de aniquilar las caballadas enemigas, de fatigar al invasor en inútiles marchas y contramarchas, de quebrar la moral de sus tropas malogrando sus movimientos y tendiéndole peligrosas celadas. Las semanas, los meses que transcurrían eran sus aliados. «El tiempo y yo contra dos», decía el caudillo al tener noticia de que el General Urquiza sentíase impotente para alcanzarlo y obligarlo a librar batalla, que sus caballadas se fatigaban, que su orgulloso tren de guerra sufría con las largas intemperies, que los soldados empezaban a experimentar hambre y frío, que los vestuarios se destruían, que las armas se deslustaban, que los cañones permanecían mudos.

Adolfo Saldías, que tan duramente juzgó al caudillo, no puede menos que reconocer la eficacia de su táctica: «Rivera, dice, conocedor del terreno, hacía marchar y contramarchar a Urquiza, con el objeto de arruinarle las caballadas y caer sobre él en un momento propicio».

La primera medida que adoptó el General Rivera fué sustraer los convoyes de familias del alcance del invasor. Los hizo marchar hacia las fronteras del Brasil, y los recostó sobre la línea, en sitios estratégicos, defendidos por accidentes naturales del terreno y bajo el amparo de las divisiones que los custodiaban. El se dirigió al centro del país, mientras sus divisiones y destacamentos se esparcían nuevamente sobre el territorio. El General Aguiar marchó sobre Vera; los coroneles Flores y Estivao batieron al Coronel Crispín Velázquez y le arrebataron las caballadas que había logrado reunir el General Urquiza; el General Medina atacó al General Díaz en Mercedes y luego se dirigió sobre el Carmelo y Dolores; el Coronel Santander atacó al Salto, ocupado por fuerzas entrerrianas y, en seguida, cayó sobre Paysandú, que estaba defendida por el Comandante Lucas Píriz; el Coronel Baez, luego de ocupar Tacuarembó, se acantonó sobre el río Arapey, a la espera de una división correntina para atacar nuevamente al Salto; allí se le reunió el Coronel Santander, y allí y en Cuareim chocaron con fuerzas del Coronel Lucas Moreno y obligaron a éste a retirarse en derrota; dos días después la división correntina que había invadido la Provincia de Entre Ríos cruzó el Uruguay para hostilizar al General Urquiza; reunidas todas las fuerzas atacaron y ocuparon el Salto. Como el Coronel Moreno, rehecho,

venía en protección de aquella plaza, las fuerzas que la ocupaban se adelantaron hasta Puntas del Ceibal, donde el General correntino Ramírez Chico, al frente de mil hombres, chocó contra el Coronel Moreno. La lucha fué sangrienta; sucediéronse las cargas a lanza y, por fin, el General Ramírez se retiró en derrota y se refugió en el Salto, sin poder impedir que parte de sus tropas se arrojara a las aguas del río Uruguay.

La división del Coronel Venancio Flores, que operaba en Minas, se encontró en Barriga Negra con las fuerzas del General Servando Gómez; los regimientos cruzaron sus lanzas en repetidas cargas y las caballerías del Coronel Flores no pudieron resistir el tremendo empuje de las del famoso lancero enemigo. Perseguidas por los escuadrones de éste tres leguas, las sombras de la noche pusieron fin a la batalla; pero, en medio de ellas, el jefe derrotado logró rehacer sus regimientos, cargó inesperadamente al enemigo, y luego de un combate homérico, iluminado por los fogonazos de las tercerolas, lo arrolló, lo dispersó y lo persiguió largo trecho entre las fragosidades del terreno.

El General Urquiza había emprendido, entretanto, la persecución del ejército del General Rivera sin lograr darle alcance. Recién en noviembre pudo ponerse en contacto con la vanguardia. Al querer ésta cruzar el río Negro por el paso de Navarro, cayó sobre ella y la dispersó. El General Rivera, con el grueso de sus fuerzas, cargó entonces al ejército entrerriano; pero perseverando en su táctica, se retiró en seguida, cruzó sin dificultad el río Negro, y se dirigió hacia el Durazno seguido por el General Urquiza. La persecución fué implacable. Mas, el General oriental, bien montado, llegó en marchas aceleradas al río Santa Lucía, desde donde amagó atacar al ejército del Cerrito, y obligó a las fuerzas del General Oribe que operaban sobre aquel río a replegarse al cuartel general y dejar libre el campo. El caudillo entrerriano adelantó en veloces jornadas, flanqueó a las fuerzas del General Rivera y las interceptó en su marcha hacia Montevideo. El General oriental, dueño del campo, para evitar el choque, se corrió hacia San José, donde concentró su ejército y cruzó luego velozmente hasta Minas y Maldonado en momentos en que el General Servando Gómez acababa de arrojar sobre la frontera del Chuy a las divisiones de los Coroneles Fortunato Silva y Esteban Estivao, las cuales se internaron en territorio brasileño, de donde, no habiendo sido desarmadas, pudieron regresar al territorio nacional protegidas por el General Rivera que llegó con sus fuerzas hasta la línea, después de derrotar al General Servando Gómez en Palmares de Castillos.

El 8 de Enero de 1844, las divisiones de los Coroneles Silva y

Estibao desfilaron frente al ejército formado en línea de parada en la margen del arroyo de India Muerta, paraje que pronto iba a ser funesto al caudillo. Ese mismo día, el General Rivera le escribió al Ministro de la Guerra: «Estaban logrados así los dos objetos que me propuse al moverme de las inmediaciones de la capital: había destruído la fuerza de Servando Gómez y salvado las que mandaba el Coronel Silva que en este día se ha incorporado al ejército lleno de satisfacción».

Contramarchó en seguida el caudillo y dió descanso a sus tropas en las fragosidades de la sierra del Aiguá, donde las reorganizó. Sumaban entonces 4.000 hombres. Con ellos se dirigió al río Yi, pero el General Urquiza le salió al paso en las barras del arroyo Milán y le obligó a retroceder y guarecerse en el rincón de la Mariscalá, mientras el jefe entrerriano quedaba en Mansavillagra.

Entretanto la división del Coronel Silva atacaba el pueblo de San Carlos y la del Coronel Freire sitiaba a Maldonado. El General Ignacio Oribe reunió sus fuerzas con las de los Coroneles Montoro y Melgar, logró montar 1.800 hombres, y con ellos se dirigió a despejar el departamento de Maldonado.

*

* *

Al iniciarse el año 1844 el General Rivera, que había permanecido en el valle del Aiguá, adelantó con parte de su ejército hasta los cerros de Minas. Una rápida marcha en que cubrió cuarenta leguas puso al General Urquiza al flanco del acantonamiento enemigo. El caudillo oriental, con su acostumbrada pericia, se dirigió velozmente hacia el río Yi y lo cruzó por el Paso del Rey, perseguido por fuerzas entrerrianas, las cuales arrollaron la vanguardia en la sierra de Malbajar. El caudillo, que sólo tenía 1.700 hombres, tendió su línea de batalla protegida por el arroyo del Sauce, afluente del Malbajar, frente a la del enemigo, que era superior a 3.000 hombres y se sostuvo hasta caer la noche del 24 de enero en que el grueso del ejército oriental llevó una carga a fondo a la línea en la oscuridad. Luego de cruento combate ambos ejércitos abandonaron el campo.

El General Rivera, al disponer la retirada, ordenó que las fuerzas dispersas se reuniesen en los Tres Cerros, sobre el río Tacuarembó, hacia donde se dirigió con el resto de su diezmado ejército.

La campaña parecía comprometida. Las fuerzas invasoras, superiores en número, en armamentos y en recursos dominaban gran parte de la campaña; pero el General oriental, con sus escuadrones

de hombres desnudos y mal armados, abrumados por el sufrimiento y las privaciones, se hizo superior a la desgracia. Nuevamente remontó los regimientos, reorganizó las divisiones y puso en juego el poderoso influjo personal que ejercía sobre sus soldados. En un rasgo de audacia ordenó al Coronel don Venancio Flores, que operaba con su división en el departamento de Colonia, que se reuniera a la del Coronel Fortunato Silva, que se hallaba en Maldonado, y que, unidas ambas divisiones, se dirigieran a Montevideo arreando ganado para abastecer la plaza. Se movieron estas fuerzas, logrando reunirse y levantando mil doscientas lanzas chocaron en Cagancha con la división del General Ignacio Oribe que les arrebató parte del ganado, y, sobre el río Santa Lucía, con el Coronel Montoro que, con su infantería, sostuvo la carga que le llevaron; pero volviendo a cargar lograron poner en dispersión parte de la columna federal. El Coronel Flores, con su tropa casi intacta, las caballadas y el ganado salvados, repitió la hazaña realizada meses antes por el Coronel Silva. En una marcha vertiginosa se dirigió hacia Montevideo, y horas después del combate ascendía la falda del Cerro a la vista del ejército sitiador, batiéndose bizarramente contra la división enviada por el General Oribe, al mando del General Núñez, a detener su marcha victoriosa, y ponía sus soldados, las caballadas y el ganado al amparo de la artillería de la fortaleza.

El General Urquiza no había seguido al General Rivera en su marcha hacia el norte; optó por concentrar sus divisiones al sur del río Negro a fin de iniciar luego la persecución formal del caudillo. Este logró rehacerse cerca de la frontera. Su ejército llegó a contar dos mil cuatrocientas lanzas y abundantes medios de movilidad. Además, sus divisiones volantes seguían recorriendo el territorio. Fiado en su estrella avanzó hacia el río Negro, ocupó los pasos estratégicos y se dispuso a hostilizar al General Urquiza, mientras el Coronel Baez se preparaba a atacar nuevamente al Salto y Paysandú. El Coronel Silva, desprendido de la división del Coronel Flores, nuevamente invadió la zona de Minas y Maldonado y destruyó, en Sauce Solo, las fuerzas del Coronel Manuel Melgar, siendo luego alcanzado en el Aiguá por el Coronel Servando Gómez, que lo batió con sus lanceros.

El paso de Navarro, sobre el río Negro, vió nuevamente atravesar sus aguas al ejército del General Rivera en momentos en que los Generales Urquiza y Servando Gómez se preparaban a atacarlo. Mediante una de sus audaces maniobras, realizada con singular pericia, logró flanquear la derecha de la división del General Gómez, pasó velozmente a su retaguardia y se dirigió hacia el sur llegando en sus marchas hasta la margen del río Santa Lucía. Tras él voló el

General Urquiza, pero el jefe oriental, aprovechando las sombras de la noche, contramarchó hacia el Durazno mientras enviaba fuerzas al este y al oeste en busca de caballadas y recursos. Siguió su marcha hacia el norte, repasó el río Negro, y apareció súbitamente en Paysandú amagando a los dos puertos del litoral, uno de los cuales, el Salto, defendido por el General Díaz, fué tomado por su jefe divisionario el Coronel Baez. Con esta arriesgada operación, el General Rivera obtuvo dos piezas de artillería de a 6, armas, municiones y equipos militares que le eran indispensables, amén de caballadas de refresco.

Dueño del norte del país dominado por sus divisiones, libre de la persecución del General Urquiza que permanecía inmobilizado en el sur, el caudillo se consagró a dar instrucción a los cuerpos de infantes y artilleros que creó para utilizar el material de guerra conquistado.

A fines de julio el General Urquiza se movió con su ejército sobre el Durazno e hizo pasar algunas fuerzas al norte del río Negro. El General Rivera movió también su ejército, ahora de las tres armas, en dirección a Melo, que estaba fortificada y defendida por el Comandante Dionisio Coronel, y atacó a la población. Durante cuatro días llevó repetidos asaltos al centro amurallado de la ciudad, apoyados por tiradores y dos piezas de artillería. El 21 de agosto, en momentos en que intimaba la rendición a la plaza sitiada, llegó la noticia de que se aproximaba el ejército del General Urquiza. El caudillo levantó el sitio y se dirigió con el grueso del ejército hacia las asperezas de Aceguá. Un arriesgado movimiento lo aproximó al paso de Tres Arboles, sobre el río Negro, y cruzó otra vez el curso de éste al frente de 1.700 hombres, burlando nuevamente al General Urquiza. Se vengó éste apoderándose de un convoy de más de cuatrocientas carretas que el caudillo había situado sobre el paso de Polanco, y en que iban más de diez mil ancianos, mujeres y niños y destruyendo la custodia militar compuesta de 500 jinetes.

El General Rivera volvió a repasar el río Negro por Masangano, distribuyó sus divisiones, y, a fines de noviembre, se estableció con una fuerte escolta en territorio brasileño, sobre la frontera, cerca de Bagé, bajo la protección del barón de Caxías, Gobernador del Estado de Río Grande, que le facilitó armas y equipos.

El 6 de diciembre pasó nuevamente al territorio nacional. Volvió al frente de mil doscientos hombres bien equipados y montados y con ellos avanzó hasta las proximidades del río Tacuarembó. Le acompañaban los Coroneles Blanco y Costa. Traía con el ejército un convoy de carretas que situó en la margen oriental del Tacuarembó Grande, el cual fué confiado a la custodia de las fuerzas de

los Coroneles Silva y Luna. La división Baez se le reunió poco después y pudo entonces revistar tres mil hombres. El ejército oriental del caudillo lo convocaba de nuevo y otra vez resurgía con la misma pujanza y la misma fe que en la hora de la victoria.

Los primeros meses del año 1845 los empleó el General Rivera en incursionar con sus divisiones y preparar la batalla en que se proponía destruir al ejército del General Urquiza para correr en seguida sobre la retaguardia del ejército del General Oribe que sitiaba a Montevideo, obligarlo a capitular y terminar así la campaña. Los requerimientos del Gobierno de la plaza para que librara cuanto antes la batalla llegaban con gran retraso al caudillo. En diciembre había recibido una carta del Presidente D. Joaquín Suárez fechada el 29 de octubre, en la cual, bajo la impresión producida por los sucesos que dieron lugar a la caída del Ministro de la Guerra General Pacheco y Obes y la agitación que ésta produjo en la plaza, le decía: «Venga Vd. o mande por el Cerro una división, que con ella se levantará el asedio y triunfaremos, para después cargar sobre Urquiza y hacerle pedazos. Ya es muy necesario acabar la guerra». El 12 de noviembre volvió a escribirle D. Joaquín Suárez para imponerle de los cambios producidos en el gobierno, y agregaba al día siguiente: «Ayer formé el ejército en la calle principal, del Mercado a la Plaza Cagancha; proclamé a cada batallón por separado, vitorie a la República, a nuestras leyes, y a los bravos defensores; todos ellos contestaron con entusiasmo y vitorearon al ejército en campaña y a su benemérito General; creo que hemos adelantado en la confianza de la tranquilidad pública, que la inspira en la población»... «es preciso que Vd. se aproxime para apurar las operaciones de guerra con esta plaza y dar a este enemigo un golpe que le haga retirar; sin eso no se triunfará y el tiempo pasa y moriremos de consunción si no de miseria; todo tiene término».

El plan del General Rivera no coincidía en esos momentos, como se advierte, con los requerimientos del Gobierno de la plaza. El ejército que operaba en campaña no podía aproximarse a Montevideo sin comprometer su posición y exponerse a ser cogido entre los fuegos de las fuerzas sitiadoras y los del ejército del General Urquiza que lo perseguía implacablemente. El caudillo acertaba al proponerse batir primero al General Urquiza y atacar luego la línea del General Oribe. En aquellos días realizaba una serie de movimientos que tenían por objeto buscar el momento y el sitio para dar la batalla decisiva que aseguraría el éxito de ese plan. Pasó y repasó el río Negro, obtuvo algunas armas, municiones y vestuarios que recibió del Brasil, sus divisiones y su vanguardia hostiliza-

ron al enemigo con varia fortuna, atacó nuevamente a la villa de Melo, aunque sin resultado, perdiendo en la acción al Comandante Cabral, y, al finalizar el mes de marzo, ocupó el valle del Aiguá, dispuesto ya a librar la batalla campal, para lo cual extendió sus guardias hasta Minas y Maldonado, mientras el General Urquiza maniobraba en las proximidades, apoyado el ejército entrerriano por las divisiones de los Generales Ignacio Oribe y Servando Gómez.

La acción campal que el General Rivera había eludido con su hábil táctica durante veinte meses, era ya inevitable e inminente. El caudillo reunió a sus jefes en junta de guerra y en ésta se decidió dar la batalla. La primera medida fué alejar del ejército de operaciones y poner a buen recaudo al convoy de familias, el cual fué situado en la Angostura, cerca de la frontera del Chuy. Destacó en seguida una columna de mil hombres con la misión de hostilizar al ejército entrerriano que se había parapetado en el cerro de Arequita; pero éste avanzaba ya en masa en busca del General Rivera. La fuerza expedicionaria chocó con el enemigo en el valle de Fuentes, donde los infantes orientales, apoyados por la caballería, rechazaron y arrollaron la vanguardia entrerriana. Lograda esta ventaja, la columna victoriosa se replegó hacia el grueso del ejército. El 21 de marzo el General Rivera, con todas sus fuerzas estaba sobre el arroyo Aiguá. Lo cruzó al caer la tarde con su ejército, marchó toda la noche azotado por la lluvia, y al siguiente día llegó a la margen del arroyo Alférez y lo vadeó, al mismo tiempo que el General Urquiza, que venía en su seguimiento, atravesaba el Aiguá.

*
* *

El caudillo oriental buscaba campo propicio donde librar la batalla y creyó hallarlo en el Higuierón, situado en el estero que forma la horqueta de los arroyos India Muerta y Sarandí de la Paloma, sitio que en el año 1816 le había sido funesto, cuando sus fuerzas fueron allí derrotadas por los invasores portugueses. Eligió aquel terreno bajo y húmedo porque conocía la localidad palmo a palmo y creía, sin duda, que las caballerías del General Urquiza, que no lo conocían, tendrían dificultades para maniobrar entre los anegados sangradores del estero y frente al profundo zanjón que lo cruzaba y que constituía una excelente obra de defensa natural.

El paisaje era árido y melancólico. La llanura se tendía hasta el horizonte, gris y monótona, salpicada de pequeñas lagunas y macizos de espadañas y paja brava, y limitada por las alturas de Averías. Una que otra palmera solitaria, avanzadas del próximo palmar

de San Luis, levantaban sus esbeltos troncos y sus verdes cabelleras sobre la planicie.

Acantonado en el terreno elegido, la noche del 26 de marzo, sintiendo la proximidad del enemigo, el General oriental envió contra él una gruesa descubierta que se apoderó de parte de sus caballadas y volvió con ellas al campo donde el caudillo organizaba ya su línea de batalla. Resolvió dar la espalda al arroyo India Muerta y formó el ala derecha y parte del centro con las divisiones al mando de los Coroneles Blanco, Freire, Cuadra y Costa. El ala izquierda se tendió en forma oblicua formada por las divisiones de los Coroneles Silva y Luna. La división del Coronel Baez quedó de reserva. En el centro, cubierto por el zanjón, ordenó montar la culebrina de a 8 servida por un piquete de artilleros y flanqueada, a derecha e izquierda, por una compañía de tiradores al mando del Coronel Lorenzo Flores. Al frente de los regimientos estaban los Comandantes Viñas, Santander, Quintana, Aguilar, Centurión, Camacho, Viera y otros jefes.

El General Rivera recorrió la línea y contó poco más de tres mil hombres, bien montados pero escasamente armados y casi desnudos. Los contingentes de caballería blandían lanzas, muchas de ellas improvisadas, o esgrimían viejos sables; algunos escuadrones disponían de escasas tercerolas. Solamente un pequeño batallón de infantes levantaba apenas cincuenta fusiles con bayoneta; a ellos se agregaba la pieza de bronce de a 8 con su carguero de municiones. Estos soldados habían afrontado los crueles inviernos de 1843 y 1844 cubiertos con restos de uniformes y girones de ponchos; abrigados los más con cueros de novillo hendidos al centro a guisa de capa y miserables jergas a manera de *chiripá*. Con igual estoicismo habían sufrido el hambre, la sed, las interminables marchas nocturnas y las fatigosas jornadas bajo el tórrido sol de verano. Ateridos y hambrientos habían cruzado los campos inundados o se habían lanzado a las rápidas corrientes de los ríos salidos de madre. Así habían guerrado durante veintiséis meses, héroes de treinta y dos combates, sin desmayar jamás, porque sabían que estaba allí el general a quien había que seguir en la buena y en la mala fortuna y por quien había que morir si ello era necesario. Iba a sonar en aquellos momentos la hora de la batalla decisiva.

Ante ellos avanzaba el ejército entrerriano, bien montado, bien armado y equipado, adicto a su caudillo y poseído también del espíritu de cuerpo. Eran cuatro mil veteranos sometidos a ruda disciplina y fogueados en recios combates. Sus temibles regimientos de lanceros se completaban con batallones de infantería montada. Un fuerte piquete de artilleros servía tres piezas de campaña con avanzatrenes y carros de municiones bien provistos.

Los jefes divisionarios eran los Coroneles Undinarraín, Díaz, Pavecino y Barreto. Los regimientos eran mandados por los coroneles Granada, Quesada, Benítez, Domínguez y González. Al frente de los escuadrones flanqueadores estaban los Comandantes Muñoz, Hermita, Peñarol, F'erez, Zipitría y Olid. Todos eran jefes veteranos y algunos habían hecho las grandes campañas continentales.

Cuando el ejército entrerriano bajó de las alturas de Averías y descubrió las columnas del General Rivera, el General Urquiza dispuso su línea de batalla. Destinó a la derecha la primera división entrerriana, al mando del Coronel Undinarraín, una compañía de tiradores, un escuadrón de dragones y varios de lanceros; al centro una compañía de infantes, los volteadores entrerrianos y las tres piezas de artillería con su dotación de artilleros al mando del Mayor Francia. A la izquierda fué destinada la tercera división entrerriana junto con una compañía de infantes, un escuadrón de lanceros y las fuerzas flanqueadoras. Fuertes reservas de caballería fueron destinadas a formar a retaguardia.

Antes de salir el sol del día 27 se escopetearon las guerrillas desprendidas de ambos ejércitos; las fuerzas orientales obligaron a replegarse a las fuerzas entrerrianas. El ejército del General Urquiza avanzó entonces en masa y estableció la línea de batalla frente al enemigo. Los regimientos se lanzaron a salvar los sangradores y el pantanoso zanjón: la infantería oriental y su única pieza de artillería diezmó los primeros escuadrones atacantes. El General Urquiza envió en protección sus batallones de infantería y, al amparo de los fuegos de ésta, las divisiones salvaron el peligroso obstáculo. La línea entrerriana avanzó en masa y se tendió frente a la línea oriental desbordándola.

Eran las siete de la mañana. El pálido sol de otoño acababa de aparecer en el horizonte cuando sonaron los clarines y batieron los tambores anunciando la carga. Los primeros regimientos que el General Urquiza envió al ataque fueron rechazados dos veces por las fuerzas orientales. El General Rivera ordenó entonces que el ala derecha y parte del centro se lanzaran sobre el enemigo. Las divisiones de los Coroneles Freire, Blanco, Cuadra y Costa bajaron las lanzas y, al toque de carga, se precipitaron como un alud sobre la línea entrerriana, arrollándolo todo a su paso y quebrando el ala izquierda del ejército argentino. El caudillo ganada la batalla, que observaba la carga, creyó en aquel momento sembraban la muerte en la izquierda.

Mientras sus regimientos sembraban la muerte en la izquierda del enemigo, ordenó que las fuerzas que ocupaban en el campo una línea oblicua diesen frente y cargasen sobre la derecha entrerriana. Las divisiones de los coroneles Silva y Luna al hacer el movimiento

de conversión se envolvieron y desorganizaron, perdiendo la línea de formación. El General Urquiza, que vió la confusión producida en la izquierda oriental, mandó sobre ella una vigorosa carga a fondo. Los regimientos, confundidos y desorganizados, volvieron grupas sin esperar el choque, y en su dispersión y huída cayeron sobre las reservas mandadas por el Coronel Baez, que fueron también envueltas, lanceadas y dispersadas sin que pudieran utilizar sus armas. Inútiles fueron los esfuerzos del Coronel Luna, que mantenía sus infantes en formación y a pie firme disparando sus tercerolas y la presencia del General Rivera que, dirigiéndose a gran galope a la izquierda, logró rehacer algunos escuadrones y los lanzó al combate. El ala izquierda oriental quedó destruída por el enemigo. Entretanto en el ala izquierda entrerriana los regimientos orientales triunfaban y, en sus cargas, los lanceros llegaban hasta la retaguardia del enemigo y la lanceaban por la espalda. El General Urquiza movió entonces sus poderosas reservas y él mismo se lanzó al frente de su escolta a restablecer el combate. Dos horas se luchó sin tregua hasta que, diezmadas las fuerzas orientales por la acción de la infantería enemiga, el General Rivera y el resto de sus fuerzas cedieron el campo al caudillo entrerriano, dejando mil cadáveres en la llanura y sobre la barranca del arroyo India Muerta y seiscientos prisioneros en manos del enemigo.

Antes de retirarse el caudillo oriental del campo de batalla ordenó a los Coroneles Silva, Baez, Luna, Santander y otros que se dirigieran con los restos de las fuerzas de su mando hacia la Angostura, donde se hallaba el convoy de familias custodiado por la división del General Medina y que, reunidos a ésta, y con aquel convoy, cruzaran la frontera del Chuy y se pusieran bajo la protección de las autoridades brasileñas. Otros jefes, entre ellos Brígido Silveyra, quedaron encargados de mantener en la campaña la guerra de recursos a fin de preparar el regreso del General. El, al frente de trescientos hombres, se dirigió hacia el río Cebollatí en demanda de la frontera del Brasil. Lo acompañaban los Coroneles Blanco, Mendoza, Centurión, Espinosa, Camacho y Vidal, los Comandantes Aguilar, Caraballo, Caballero, Paunero, Fraga y Ortega y numerosos oficiales. A corta distancia del campo de la acción los fugitivos se detuvieron para carnear y descansar sin ser molestados.

El General victorioso había quedado exhausto y sin medios de movilidad, al extremo de que no pudo perseguir los escuadrones derrotados. Recién al día siguiente de la batalla consiguió montar la división del Coronel Urdinarrain y la envió en persecución de los dispersos. El jefe divisionario se dirigió hacia Castillos. Cuando llegó a la Angostura, ya las fuerzas orientales y el convoy de familias ha-

bían cruzado la frontera del Chuy y se hallaban en territorio brasileño. El jefe entrerriano penetró en el Brasil y se permitió intimar al comandante imperial la entrega de las armas, las carretas y los caballos de los fugitivos, pretensión que fué severamente rechazada.

Entretanto, el General Urquiza manchaba su victoria con una tremenda hecatombe. «Pocas veces, dice don Antonio Díaz, se registrará en los fastos luctuosos de las guerras de los pueblos un hecho revestido de más bárbaros procedimientos. El General ensangrentó su victoria de una manera tan repugnante que su mismo triunfo llenó de luto el corazón de los orientales de todos los partidos». Y agrega más adelante: «Al día siguiente de la batalla de India Muerta, Urquiza hizo formar en cuadro a los prisioneros que quedaban y mandó que los degollasen. El quiso darse el gusto de presenciar la operación que se hizo al toque de música».

Los trágicos esteros de India Muerta absorbieron la sangre de los 600 prisioneros inermes sacrificados mientras las músicas militares llenaban con sus sonos los ámbitos del desolado paisaje.



Mientras los ecos marciales apagaban los gemidos de las víctimas de la saña del General vencedor, el caudillo derrotado, seguido del grupo de jefes y oficiales y de una pequeña escolta, se dirigía hacia el norte en demanda de la frontera del Brasil. Cruzó el río Cebollatí, atravesó desiertos campos y llegó a la margen derecha del río Yaguarón.

El Comandante General del departamento de Cerro Largo, Dionisio Coronel, sintió su presencia y emprendió la persecución del General vencido. Iba a cobrarse el doble ataque a la villa de Melo que le había arrancado los más tremendos y bárbaros dicterios. Derrotado y fugitivo estaba casi en sus manos el «incendiario Pardejón», a quien sólo quedaba de sus «inmundos y ennegrecidos reales» este desventurado grupo de proscriptos. Lo alcanzó con sus fuerzas en la madrugada del 6 de abril, en momentos en que el caudillo iba a cruzar el río por el paso de las Piedras. Lo atacó, dispersó parte de su escolta, le arrebató armas y caballos y obligó al General a tirarse a las aguas del río, casi desnudo, a fin de no caer en manos de sus perseguidores. El fugitivo cruzó a nado la corriente, alcanzó la opuesta orilla y se acogió a la protección de la guardia brasileña que se hallaba acampada en la margen izquierda.

Desconocido en el primer momento por el oficial que mandaba el destacamento, que pretendió tratarlo como si fuese un malhechor perseguido, el caudillo se dió a conocer con estas viriles palabras:

—«Soy el General Rivera y si usted no respeta mi jerarquía me lanzaré nuevamente al río para morir a manos de mis compatriotas».

El oficial brasileño, sorprendido por estas palabras, prestó protección y asistencia al General y a sus compañeros y los condujo a Yaguarón. El 10 de abril, el jefe vencido escribió al barón de Caxías, gobernador de la provincia de Río Grande, una carta para darle cuenta del contraste que habían sufrido sus armas a causa de «un revés de los que no son extraños en la carrera de las armas», y de la emigración de los restos de su ejército por la frontera del Chuy y otros puntos para ponerse bajo la protección del gobierno de S. M. el Emperador, y diputó a don Vicente Alvarez para recibir las órdenes que al respecto dictase el jefe brasileño. Contestó éste el 19, desde el Palacio de Gobierno de Porto Alegre, para deplorar la derrota, y le anunció el envío del Coronel Olivera Villasboas, que llevaba instrucciones para tomar las providencias necesarias. Le aseguraba el barón que, «sin faltar a los deberes de la hospitalidad compatibles con la generosidad de la provincia,» sabría «mantener la neutralidad debida en tales casos». Poco después el Gobierno Imperial, no obstante la internación decretada contra el caudillo de acuerdo con las prácticas internacionales, y las medidas de extrañamiento que contra él adoptó el Gobierno de Montevideo, lo acogía benévolamente en Río de Janeiro, y el General emprendía con los ministros del Emperador, y con el propio Emperador, negociaciones encaminadas a lograr la liberación de Montevideo y la destrucción del poder del General Rosas, mientras sus parciales en la ciudad sitiada y en campaña se agitaban para obtener su regreso al país a fin de que se pusiese nuevamente al frente del ejército nacional.



Si la retirada del General Rivera hacia el norte después de la derrota de India Muerta fué dramática, más lo fué la emigración de las familias que vivían bajo el amparo de su ejército y que, formando un largo convoy de carretas se dirigieron hacia el Chuy bajo la protección de las fuerzas del General Medina y los Coroneles Silva, Baez, Luna y Santander. El 28 de marzo, a mediodía, llegó el convoy a la frontera y se detuvo a veinte cuadras del paso del río. Al día siguiente por la mañana cruzó las aguas del Chuy que se hallaban hinchadas a consecuencia de la lluvia caída los días anteriores.

La Providencia quiso que un testigo presencial conservase para la posteridad el relato de este dramático episodio. José Gabriel Palomeque, joven entonces de veintitrés años que, inflamado por el sentimiento de libertad, procuraba en los días que precedieron a la

batalla de India Muerta incorporarse al ejército del General Rivera, se hallaba en el paso del Chuy cuando llegaron los dispersos de la batalla y el convoy de familias. Fresca todavía la impresión que le produjo el patético cuadro lo describió en una extensa carta íntima que alcanza a veces trágico acento. «Ciento cincuenta carretas puestas en línea, dice, una tras otra, formaban la primera parte del convoy; venían picadas por viejos, niños y hasta por mujeres, a pie y a caballo; al lado de cada una marchaban los animales vacunos y caballares que les pertenecían, pero todos flaquísimos porque Rivera, al separarse de él, les sacó cuantos caballos buenos, y hasta regulares, tenían. Las carretas eran verdaderas arcas de Noé; llenas por dentro de ropa y trastos; las familias agrupadas contra el techo, sin poder moverse, mientras que fuera y por debajo se veían colgados asadores, ollas, sartenes, leña».

Este cuadro que, durante las guerras que desde la independencia azotaron al país tuvo muchas veces por escenario la campaña, vió ensombrecidas sus tintas al llegar el segundo contingente de familias, apenas traspuesto el cauce del río la última carreta. «Más de dos mil viejos, mujeres y niños, dice Palomeque en estilo verdaderamente homérico, casi en cueros, descarnados y hambrientos, que componían la segunda parte, llegaron al río..., aquí, una mujer montada en un caballo flaco y escuálido, llevaba un niño delante y dos en ancas, y otro atado a la cola con los utensilios de su hogar. Allí, una muchachita de nueve a diez años, descalza y en camisa, marchando a pie, conduciendo de la brida el caballo en que iba la madre o la abuela enferma, y otro con sus hermanitos; allá, un viejo arreando un animal en que iban agrupadas cuatro criaturas; acá otro que apenas podía moverse, acompañado de un hijo mozo que lo llevaba del brazo, con un chiquito a la espalda y el atado de ropa en la cabeza; y más allá otra, con un pequeñuelo de pecho, seguida de tres o cuatro más asidos por sus rotos vestidos. Toda esta multitud mezclada y confundidos los de a pie con los de a caballo, se precipitó al paso, envuelta en el tropel de los animales que lo pasaban al mismo tiempo. El río estaba crecido; los viejos y las mujeres lo pasaron con el agua por la cintura y las criaturas, con las cabecitas de fuera, en los brazos de sus madres».

El sol de otoño, que había brillado toda la mañana y entibiado la atmósfera, se ocultó cuando las familias comenzaron a cruzar las aguas del río. «El cielo, dice el cronista, como si no estuviera cansado de tanto infortunio, quiso aumentarlo, y una tormenta deshecha de truenos, de agua, de viento y frío acompañó el pasaje del convoy. Aquellos desdichados, al salir del río, ensopados y ateridos, tenían que marchar por barriales inmensos, salpicados y cubiertos

de lodo, cayéndose en unas partes y hundiéndose en otras, eran un verdadero objeto de compasión».

Detrás de las familias cruzaron los dispersos de India Muerta: en columna, de cuatro en fondo. Dice el cronista que casi todos eran indios, «muchachos en cueros, sin más vestido que un pedazo de poncho viejo agujereado; el que tenía lanza no tenía sable, y el que tenía sable no tenía lanza; armas de fuego rarísimas y municiones ninguna». A retaguardia, hosco y taciturno, cabalgaba el General Medina rodeado de algunos jefes y oficiales.

Narra el corresponsal diversos incidentes que revelan el espíritu que poseía a todos aquellos desventurados. Varias familias del convoy se negaron a pasar la frontera; les hicieron presente el riesgo que corrían, pues iban a ser asesinados por los enemigos. «Lo sabemos, respondieron, pero preferimos la muerte a la emigración». Una china se arrojó al suelo, con sus hijos, gritando: «Quiero que me maten los blancos, quiero morir en mi tierra». Un oficial, no pudiendo sufrir la idea de emigrar salió de las filas diciendo: «Yo nací oriental y quiero morir peleando por mi patria antes de abandonarla. Soldados: el que sea patriota sígame». Y al momento más de treinta jinetes lo siguieron... «Cuando los brasileños quisieron desarmarlos, unos ocultaron las armas, otros las rompieron y muchos se volvieron con ellas por no entregarlas. Uno se paró gritando: «Qué, ¿no somos todavía bastante desgraciados? ¿No basta tener que dejar nuestra tierra sino que quieren todavía sacarnos las armas? Nadie me quitará las mías: me las dió la patria para defenderla y moriré con ellas en la mano». Y regresó con otros al país a pesar de que el enemigo estaba ya en la frontera.

Estos rasgos revelan cómo el infortunio y el sufrimiento no lograban ahogar el patriotismo ni doblegar el espíritu de aquel pueblo ni de aquellos soldados. Fué necesario que la guardia brasileña ofreciera devolver las armas a quienes quisieran regresar al territorio oriental para que les fueran entregadas.

Bajo la lluvia que caía inclemente y anegaba los campos y las sendas prosiguió la marcha de la caravana. Los proscritos se despidieron de la patria al ver dibujarse por última vez en el horizonte, sobre el fondo nebuloso, los cerros de San Miguel. El convoy acampó en una vasta llanura desnuda de árboles y casas, cubierta de agua, sin más seres vivientes que los que habían llegado la noche anterior. «Sobre aquel campo lleno de lodazales y regado de lágrimas, dice Palomeque, sin leña ni combustible con que hacer fuego, mojados, ateridos de frío, esperaban la orden de marchar. Hacía dos días que no comían, y sus semblantes demacrados y marchitos manifestaban, con

muda pero patética elocuencia, las necesidades que sufrían. Cuanto alcanzaba la vista en una extensión de dos leguas estaba cubierto de familias y de animales paciando a la ventura».

La pluma del joven patricio, que escribía sobre la carona del recado, frente al desolado cuadro, movida por la emoción y la congoja, agrega todavía: «Por todas partes se veía a un tiempo la actividad y el descanso; mientras unos, ya sentados, ya en pie, se apiñaban para darse calor, o se envolvían en las jergas de sus caballos, otros, impacientes, se ponían en camino esperando hallar víveres y leña. El aspecto de aquella llanura dilatada y sombría, en que apenas el silencio de la naturaleza era interrumpido por el triste susurro, podría decirse, de nuestra lenta marcha; aquella escena de movimiento pero sin vida; aquella muchedumbre de miserables fugitivos; aquella niebla glacial y aquellas garúas heladas; todo este conjunto realzado por la perspectiva monótona y uniforme de las cordilleras de arena blanca del albardón que se extendía a nuestra derecha, me recordó la funesta retirada de los franceses en la Rusia. En efecto: India Muerta era nuestro Moscú, y la emigración nuestra retirada».

Con razón el General Rivera que, desde la frontera del Yaguaron, dominaba con los ojos del espíritu el terrible panorama de aquel desastre escribió como lacónico pero elocuente comentario estas melancólicas palabras: «¡Cosas de llorar!».